



NOVEDADES ARQUEOLÓGICAS EN CUATRO CIUDADES

VACCEAS *Dossobriga
Intercatia
Pintia y
Cauca*

Carlos Sanz Mínguez
Juan Francisco Blanco García
(editores)

**NOVEDADES ARQUEOLÓGICAS
EN CUATRO CIUDADES VACCEAS**
Dessobriga, Intercatia, Pintia y Cauca

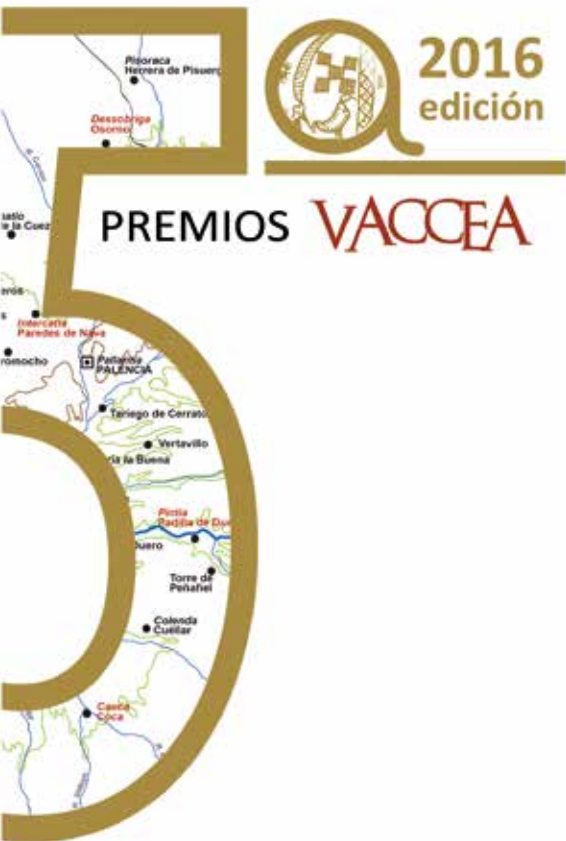
Vacceca Monografias, 6

Carlos Sanz Mínguez
Juan Francisco Blanco García

editores

Novedades arqueológicas en cuatro ciudades vacceas
Dessobriga, Intercatia, Pintia y Cauca

Valladolid, 2018



© De la presente edición: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid

© Carlos Sanz Mínguez y Juan Francisco Blanco García, editores

© De los textos: los autores respectivos

Edita: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid

Maquetación y diseño: Eva Laguna Escudero - Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid

Impresión: Gráficas Benlis. Valladolid

Impresión en España - Printed in Spain

ISBN: 978-84-09-02539-8

Depósito Legal: DL VA 460-2018



Cauca
Coca
(Segovia)

LA CIUDAD VACCEA DE CAUCA

Juan Francisco Blanco García
Universidad Autónoma de Madrid

Resumen: La más meridional de las ciudades vacceas, *Cauca* nace como población de carácter estable durante la primera Edad del Hierro, en el ámbito de la denominada *cultura del Soto de Medinilla*. Hacia los siglos VI-V a.C. sólo era una pequeña aldea de unas 2 ha de extensión en la que pudieron vivir entre 300 y 350 personas, pero a partir de finales del siglo V o inicios del IV a.C. experimentó un crecimiento demográfico y, en consecuencia, urbanístico, hasta alcanzar durante la primera mitad del siglo II a.C. unas 25 ó 26 has. de extensión, dimensiones que, tras los enfrentamientos con Roma de los años 151 y 74 a.C. mantendría a lo largo del siglo I a.C.

Fue una ciudad cuyas construcciones, agrupadas en manzanas, eran de barro y madera; que tenía las calles y callejones de tierra; que estuvo habitada por una población diversa y muy jerarquizada en la que el poder estaba en manos de una élite aristócrata y guerrera; y muy dinámica desde el punto de vista económico, pues los materiales arqueológicos demuestran la existencia de un potente sector artesanal (alfares, herrerías, quizá algún taller de joyería...). Una ciudad que hacia comienzos del siglo III a.C. se protegió en su flanco sur-sureste, que era el más vulnerable, mediante una gruesa muralla de adobes sobre zócalo de piedra de unos 900 m de longitud.

Palabras clave: vacceos, *Cauca*, muralla de barro y piedra, Edad del Hierro, valle del Duero, península Ibérica.

Abstract: The city of *Cauca*, situated at the southern of the vaccaean territory, was born like a proto-urban centre, with permanent population, during the First Iron Age, in the Soto de Medinilla culture context. At the sixth and fifth centuries BC only 2 hectares was the size of the town—in which lived about 300 or 350 inhabitants—, but from the beginnings of fourth century the demographic increase and, in consequence, the urban development was continued, making of *Cauca* a city that occupied twenty-five or twenty-six hectares in area at the second and first centuries.

Cauca was a rich city in which the buildings, erected with mud-bricks and wood, are arranged in blocks; sand was the soil of streets and lanes; an administrative and social hierarchies that regulate access to resources were the main social force, an aristocratic and warlike group; and from the economic view, a diversity of archaeological items has suggested that it was different industries (pottery, iron-works, jewelry perhaps). On the other hand, *Cauca* was a fortified city. The fortification wall, erected at the beginnings of third century, was edified with mud-bricks over a plinth of slate slabs, along nine hundred metres.

Keywords: Vaccaean peoples, *Cauca*, clay and stone city wall, Iron Age, Duero valley, Iberian Peninsula.

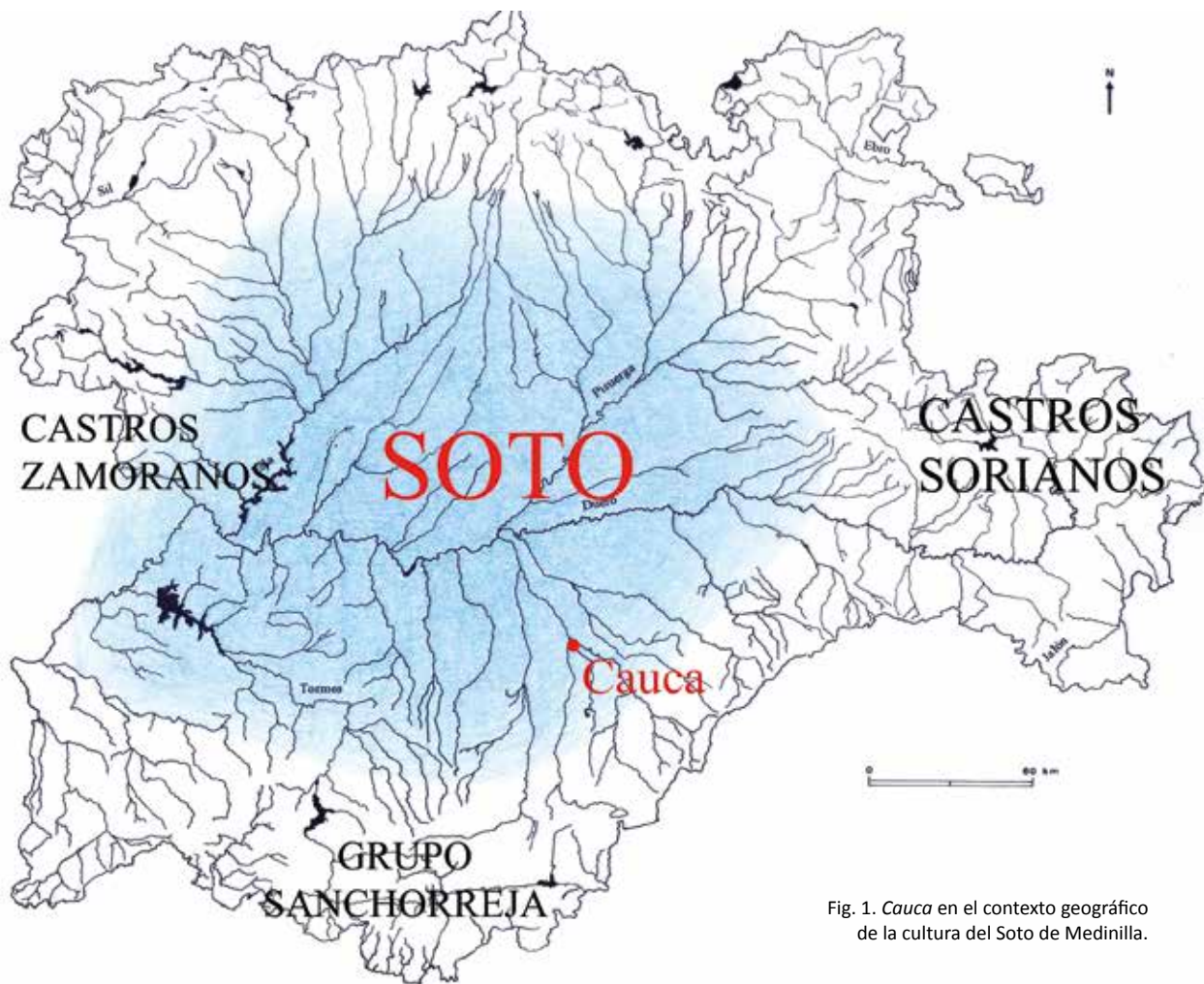


Fig. 1. *Cauca* en el contexto geográfico de la cultura del Soto de Medinilla.

***Cauca* durante el Hierro I: la aldea soteña (siglos VIII-V a.C.).**

En el marco de ese primer paisaje campesino, de poblados permanentes, que se puede reconocer en la zona central del valle del Duero desde pleno siglo VIII a.C. al que con gran acierto se referían hace ya veinticinco años G. Delibes y F. Romero (1992: 243), es en el que hunde sus raíces más profundas la ciudad vaccea de *Cauca*. De viviendas construidas con barro y madera como materiales casi exclusivos ante la falta de piedra en sus inmediaciones, los restos arqueológi-

cos muebles más antiguos recuperados en excavación y en superficie sobre el solar en el que se levantó nos conducen a momentos imprecisos del siglo VIII a.C., en los comienzos de la primera Edad del Hierro. Inicialmente no fue más que una pequeña aldea, ubicada en el extremo occidental del amplio espigón labrado por los ríos Voltoya y Eresma conocido como Los Azafranales, justamente donde hoy se encuentra el cementerio municipal de Coca, así como en los terrenos colindantes. Con el paso del tiempo, irá creciendo hacia el sur y sureste, únicas direcciones posibles, para

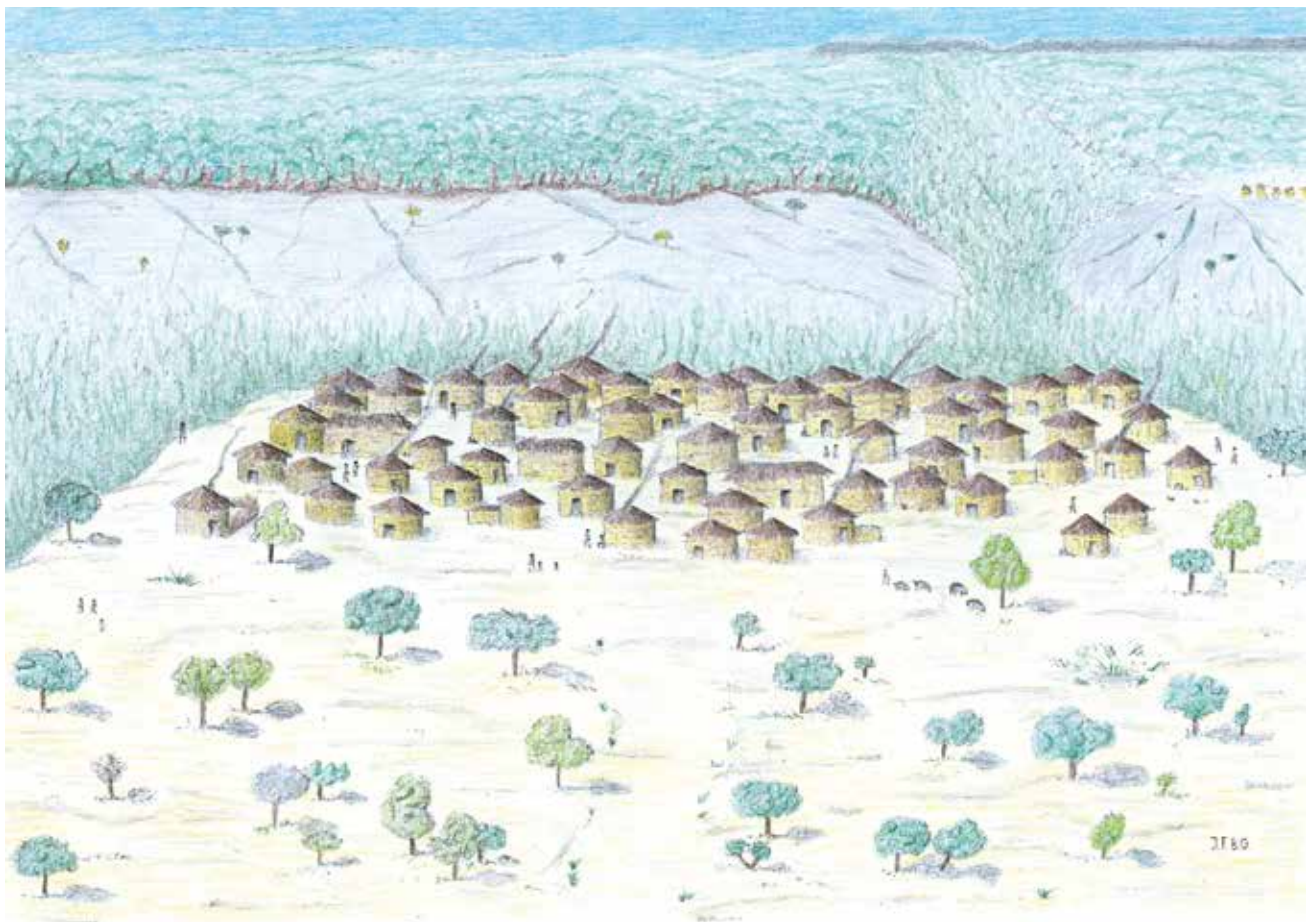


Fig. 2. Recreación idealizada de *Cauca* en la *fase de plenitud* de la *cultura del Soto de Medinilla*.

transformarse en la ciudad vaccea posteriormente romanizada. La carencia más importante que seguimos teniendo para conocer con un poco de detalle esa aldea fundacional, perteneciente a la cultura arqueológica del Soto de Medinilla (fig. 1), es la falta de estructuras arquitectónicas conservadas en posición primaria, si bien es cierto que sólo se han practicado excavaciones puntuales en unos pocos metros cuadrados del espacio que ocupó. A pesar de ello, el extenso nivel de ocupación documentado en sendas intervenciones, como la llevada a cabo por J. R. López y M. V. Romero

en 1980 (Romero, Romero y Marcos, 1993) o la que con una extensión de 300 m² se practicó en 1999 (Blanco, Pérez y Reyes, 2012-2013), así como los restos aparecidos fuera de contexto, tales como algunas puntas de bronce, fíbulas de doble resorte de filiación fenicio-púnica, el conocido jarro orientalizante de bronce o fragmentos de vasos a torno fabricados en el sureste peninsular en los siglos VI-V a.C., delatan la existencia de un núcleo de cierta entidad demográfica y de indudable relevancia en el contexto poblacional de las campiñas meridionales del Duero.

La documentación reunida hasta ahora nos induce a pensar que esta *Cauca* primigenia pudo haber alcanzado una extensión de unas 2 ha en la *época de plenitud* de la referida cultura arqueológica, hacia el 600/450 a.C. Con esta extensión, y habida cuenta que muy posiblemente no estaríamos ante un paisaje urbano de caserío muy abigarrado, hemos de pensar en una comunidad de unos 300 habitantes o poco más, en la que, aun existiendo ciertas diferencias socioeconómicas entre unas familias y otras, como cabe deducir de los materiales muebles recuperados, estaríamos ante una sociedad bastante igualitaria en la que primarían las relaciones de parentesco. Las características que presentan los restos arquitectónicos exhumados en algunos poblados soteños de la cuenca del Duero (El Soto de Medinilla, el Cerro de La Mota, La Corona/El Pesadero, el salmantino Cerro de San Vicente...) nos permiten suponer que se trataría de una aldea formada por sencillas viviendas de planta circular y cuadrangular en las que las paredes eran de adobe y tapial, los suelos de tierra prensada o, en algunos casos, de placas de barro, con hogar central y las cubiertas de ramajes entrelazados sobre estructura de madera. Unas techumbres que a buen seguro serían cónicas en el caso de las edificaciones circulares y quizá a dos aguas en las rectangulares (fig. 2). De lo que hasta ahora no tenemos indicios es de la posible existencia de dispositivos de protección urbana tales como foso o muralla, en sintonía con los documentados en otros enclaves soteños (Romero, Misiego y Marcos, 2015).

Muy poco sabemos de cómo estaba políticamente organizada la comunidad que vivió en esta aldea, de su estructura social y de su mentalidad religiosa. Casi toda la información arqueológica obtenida hasta ahora se refiere al ámbito de la subsistencia y la vida cotidiana —fragmentos de molinos, restos de cereales carbonizados, huesos de las faunas consumidas, cientos de fragmentos de recipientes cerámicos tanto de cocina y almacenaje como “de mesa”, etc.—, lo que unido al análisis del medio natural en el que se encuentra situada nos da un perfil de su mundo económico. La única información que tenemos sobre las costumbres funerarias de estos ancestrales caucenses se obtuvo en 1992-1993, cuando a unos 150 m al este del poblado, en pleno centro del terrazgo de Los Azafranales, se localizaron y excavaron unos exigüos restos de su necrópolis. Tres sepulturas

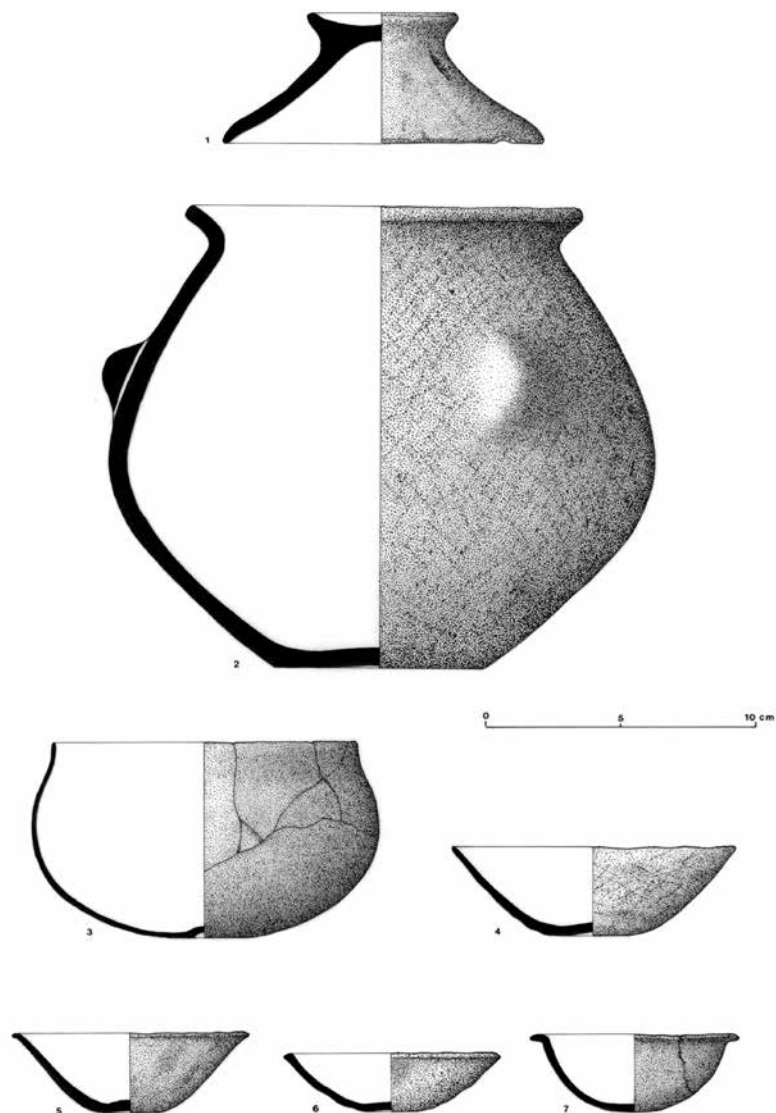


Fig. 3. Urna cineraria con tapadera y vasos de acompañamiento de una de las sepulturas del Hierro I excavadas en Los Azafranales, fechada a finales del siglo VI o inicios del V a.C.

en hoyo, cada una de las cuales tenía su urna cineraria y un modesto conjunto de vasos cerámicos de acompañamiento cuyos contenidos desconocemos, fue todo cuanto se pudo recuperar, siendo esto último, el repertorio de vasos, lo que nos ha permitido fechar estos restos funerarios hacia finales del siglo VI o inicios del V a.C. Es evidente que estas tres incineraciones sólo constituyen una mínima parte de la necrópolis que en su día hubo de existir en el lugar, y si en la excavación no aparecieron más fue porque el urbanismo de época vaccea y romana la destruyó (fig. 3).

A unos pocos cientos de metros en línea recta hacia occidente de esta aldea, con un excelente contacto visual, por tanto, en la meseta del cerro Cuesta del Mercado hallamos otro poblado de la primera Edad del Hierro, aunque de dimensiones más modestas que el ubicado en Los Azafranales. Su extensión no parece que pudiera ser superior a la media hectárea y los restos materiales que en la superficie se pueden ver, dispersados por el arado, pertenecen exclusivamente a la *fase de plenitud* del Soto, a los siglos VII-V a.C. De nuevo estaríamos ante sencillas cabañas de planta circular y cuadrangular, de las que se conservan en superficie y en los escarpes abiertos por la erosión que miran hacia el Eresma abundantes fragmentos de los manteados de barro quemados con improntas de palos. Del mismo modo que la aldea soteña de Los Azafranales poco a poco se fue convirtiendo en la ciudad vaccea de *Cauca*, la aldea soteña de Cuesta del Mercado se transformó en un poblado vacceo, un barrio de dicha ciudad de no más de 3 ha en su época de mayor desarrollo pero muy posiblemente con sistema de fortificación propio, ya que la topografía actual parece estar delatando la existencia de un foso. Si, además, contó con muralla es algo que desconocemos por completo.

La cercanía que hay entre ambas aldeas (fig. 4) obliga a pensar que en las relaciones entre las dos comunidades seguramente imperase la colaboración pacífica sobre el enfrentamiento. No se entendería la pervivencia durante varios siglos de la pequeña aldea de Cuesta del Mercado al lado de la de Los Azafranales en un clima de enfrentamiento, ocasional o permanente, de disputa por los recursos económicos. Es de suponer que cada una tuviese un territorio agrícola propio aunque el de caza y recolección fuera compartido (o pactado). Sea como fuere, es indudable que estas gentes a las que hoy, por inercia y comodidad, deno-

minamos "soteñas" no son más que los ancestros de los vacceos citados por los autores clásicos.

Cauca en el Hierro II (siglo IV a.C.-cambio de Era)

De forma convencional solemos dar por iniciada la segunda Edad del Hierro en *Cauca*, como en el resto de ciudades vacceas, en torno al 400 a.C., momento aproximado en el que en ella se instalan una serie de innovaciones tecnológicas procedentes tanto del Alto Duero celtibérico como del sur peninsular —torno de alfarero, horno de dos cámaras en los que se podían alcanzar hasta 1.200° de temperatura, con el consiguiente enriquecimiento del catálogo de recipientes disponibles, generalización de la metalurgia del hierro—, que seguramente fueron acompañadas de otras ideológicas, pero étnicamente era tan vaccea como la de los siglos VI y V a.C. Continuidad etno-cultural e innovación tecnológica serían, por tanto, las dos notas que mejor definen el proceso de mejora de las condiciones de vida de los vacceos caucenses que se produce hacia el 400 a.C.

Aspectos urbanísticos

La primera dificultad con la que nos encontramos al abordar con cierta profundidad la *Cauca* que se extiende desde la fecha indicada hasta el cambio de Era es la de establecer las fases de crecimiento urbanístico por las cuales pasó, desde el terrazgo de Los Azafranales hasta la línea de muralla que cerraba por el sur y sureste el núcleo poblacional a lo largo de unos 900 metros. Aun siendo el siglo IV a.C. una época de crecimiento, siempre hacia el sur y el este debido a las condiciones que impone la topografía caucense, no creemos que en dicha centuria se rebasaran en mucho los límites del referido terrazgo. Los niveles fundacionales exhumados en algunas de nuestras excavaciones practicadas en este espacio hoy parcialmente urbanizado se pueden fechar en momentos indeterminados de ese siglo, y esto explicaría por qué en esa época inicial del segundo Hierro se construyó donde se construyó el alfar que excavamos en 1989: en una zona marginal de Los Azafranales, algo retirada del caserío (Blanco, 1990a, 1992 y 1998). El siglo III

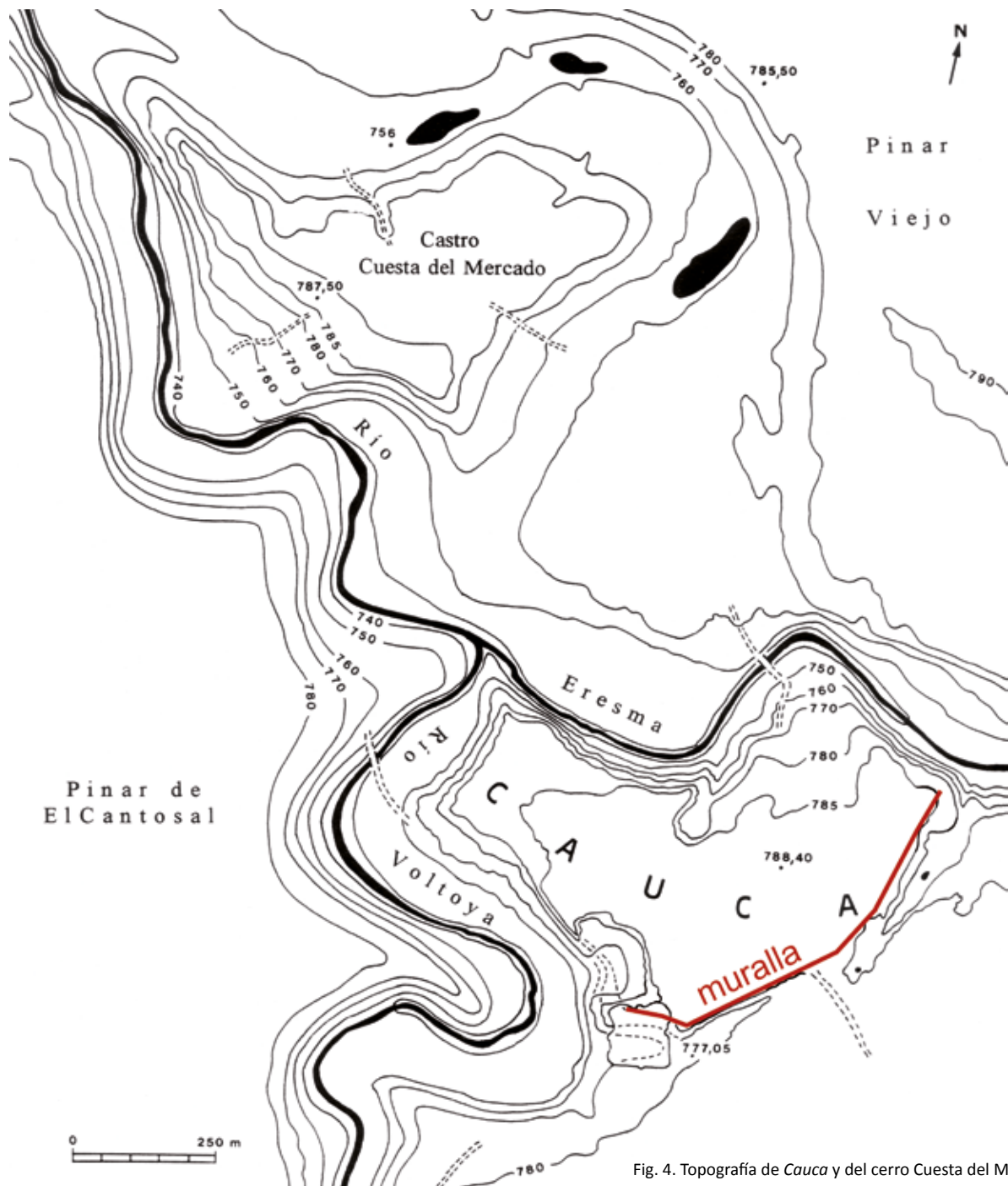


Fig. 4. Topografía de Cauca y del cerro Cuesta del Mercado.

a.C. fue, sin duda, el de mayor crecimiento de *Cauca*, tanto urbanístico como demográfico, lógicamente, y económico. El momento en el que se configura como una de las mayores ciudades de los vacceos, puerta indiscutible de las relaciones comerciales entre los populosos núcleos del Duero Medio y los del sur peninsular.

A pesar de las alteraciones demográficas y económicas que, sin duda, debieron de suponer los episodios de destrucción de los años 151 a.C. y 74 a.C., la arqueología muestra cómo *Cauca* siguió creciendo, sobre todo en dirección sur-sureste, hasta alcanzar una extensión máxima de unas 25 ó 26 ha. En la actualidad, parte del terreno que ocupó ha desaparecido, en buena medida por causa de la erosión —como se observa en todo el perímetro de Los Azafrales así como en el flanco norte de la ciudad, donde han quedado a la vista los niveles de ocupación en los cortados de los ríos—, pero también como consecuencia de importantes modificaciones del terreno acaecidas en época histórica, como ocurre en el espacio denominado El Arboreto, de casi hectárea y media de extensión. Las alteraciones son tales, que a un vacceo caucense del siglo III a.C., pongamos por caso, le costaría bastante reconocer su ciudad natal a través de la topografía actual.

Disponemos aún de pocos datos para conocer el trazado urbanístico de *Cauca* y cómo evolucionó a lo largo de los cuatro siglos anteriores al cambio de Era. Hasta ahora, sólo las edificaciones exhumadas en la campaña de 1999, las de algunos de nuestros sondeos de los años ochenta y las documentadas con motivo de la ampliación del Instituto de Educación Secundaria de Coca en 2006 (Balado, Centeno y Marcos, 2008) han aportado datos de cierto interés, de manera que sabemos cómo durante los siglos III-I a.C. las construcciones, superpuestas unas a otras al ser relevadas las nuevas sobre los muros de las destruidas, apenas variaron en cuanto a sus orientaciones. De lo que seguimos sin saber nada es de la ubicación de los posibles edificios de carácter público o de almacenamiento comunal, si es que los tuvo; de los lugares concretos en los que se situaban los numerosos talleres artesanales con los que sin duda hubo de contar a lo largo de esos siglos; o de la zona en la que se situarían las casas de la clase dominante, si es que estuvieron concentradas en alguna zona concreta, algo que está aún por demostrar en las ciudades vacceas

en su conjunto. El alcance limitado de las excavaciones efectuadas, su irregular distribución en el yacimiento y los escasos metros cuadrados en los que hemos intervenido hasta ahora, pues constituyen sólo el 0,46% de esas 25 ó 26 ha que llegó a alcanzar, explican estas carencias. A diferencia de otras ciudades vacceas en las que la fotografía aérea ha aportado una documentación de enorme interés para conocer su urbanismo, al encontrarse la mayor parte de *Cauca* vaccea bajo el casco de la actual población no es posible saber de sus características más que por vía de las excavaciones, con el inconveniente de que, además, sobre la ciudad vaccea se dispone la romana y la medieval. No obstante, por lo hasta ahora documentado, no parece que el caucense fuera un urbanismo abigarrado, sino que debieron de existir zonas vacías de edificaciones o con baja densidad constructiva. Sirva como ejemplo el entorno del alfar vacceo que excavamos en las campañas de 1989 y 1990, en el que no existía ninguna vivienda (Blanco, 1992 y 1998), aunque quizá por ser este un espacio artesanal relacionado con el fuego, al entrañar cierto peligro de incendio para las techumbres de las viviendas en caso de estar situadas cerca, ésa y no otra sería la causa de la inexistencia de construcciones domésticas en sus inmediaciones.

Las viviendas, siempre de planta cuadrangular, se agrupaban formando manzanas, si bien no hemos logrado documentar ninguna completa hasta ahora, pero viendo cómo se distribuyen las casas en otras ciudades vacceas en las que sí se han realizado excavaciones de mayor extensión que en *Cauca*, fotografías aéreas o trabajos de magnetometría y georadar, es de pensar que aquí las manzanas fueran algo irregulares (fig. 5). Las manzanas de cuatro o seis viviendas, con muros medianiles y dispuestas entre dos calles suponemos que serían las habituales. En alguna ocasión hemos referido cómo es posible que, al menos para los siglos III a I a.C., existieran ya una especie de *normas urbanísticas* que rigieran las actividades constructivas, la ampliación y reparación de las viviendas o el trazado de nuevos viales, pues al documentarse muros medianiles y las edificaciones estar ordenadas en manzanas, indirectamente nos hacen pensar en su existencia. Obviamente, emanarían de sus autoridades y se transmitirían de generación en generación por vía oral, pues los caucenses, como el resto de los vacceos, fueron ágrafos a lo largo de su historia.



Fig. 5. Construcciones domésticas exhumadas en la campaña de 1999, realizada en Los Azafranales.

De las calles, la poca información que hasta ahora hemos conseguido reunir nos permite afirmar que, al menos algunas de ellas, eran estrechas, pues los tramos exhumados tienen unos 2,5 ó 3 metros de anchura, y además, son de tierra¹. Cabe la posibilidad de que, al igual que se ha constatado en otros núcleos como Montealegre de Campos (Blanco *et alii*, 2011) o Melgar de Abajo (Cuadrado y San Miguel, 1993), la *Cauca* vaccea tuviera algunas calles principales enlosadas, pues a fin de cuentas una calle es una infraestructura de uso público en la que se vierten esfuerzos colectivos, pero la considerable distancia a la que se encontraba la piedra (unos 18 km) explica que fuera tan poco utilizada. Por el momento sólo nos consta su uso en

la construcción comunitaria más importante que realizaron los caucenses: la muralla (Blanco, 2014c, 2015a y 2015b).

A ella nos vamos a referir ahora. Como no hace mucho hemos señalado, vio tímidamente la luz en 2011 y 2013, durante unas obras municipales junto a los jardines públicos de Coca, pero hasta julio de 2014 no pudimos confirmar con absoluta certeza que de ella se trataba. Y es que fue en este último año cuando quedó al descubierto un lienzo de 16,70 m de largo seccionado longitudinalmente casi en paralelo a lo que fuera su fachada externa. Citada por Appiano con motivo del asalto y destrucción perpetrado por Lúculo en el año 151 a.C., en el proceso de documentación y datación que llevamos a cabo esa era

una valiosa fecha *ante quem*, pero fueron los materiales arqueológicos embutidos en el paramento de adobes — principalmente fragmentos cerámicos a torno—, los que nos permitieron hacer una primera aproximación cronológica y fecharla hacia finales del siglo IV o inicios del III a.C. Actualmente somos más proclives a datarla dentro ya del siglo III a.C., más que a finales de la cuarta centuria, pero en cualquier caso en fechas antiguas de dicho siglo. A esos 16,70 m documentados habría que añadir unos 8 m más que se soterraron en 2013, con lo que en el sector en el que se nos ha hecho visible podemos decir que se conservan *in situ* al menos unos 25 m.

Es una estructura compleja, como las excavaciones de 2016 han puesto de relieve. Se levantó sobre el nivel geológico natural, sobre las arenas de origen eólico, pero antes de construirla se niveló el terreno en ciertas partes del trazado e incluso para que la horizontalidad fuese mayor y más estable la obra se reforzó el firme arenoso en algunas zonas mediante la colocación de adobes y grandes adobas sobre las que luego asentarían las lajas de piedra del zócalo. Éste último, por otro lado, es de poca altura (30-40 cm) si lo comparamos con el que posee la muralla de *Pintia* (1,30 m), pero esto encuentra su explicación en las diferencias existentes entre una y otra población en cuanto a la lejanía o cercanía a la que se encuentran sus respectivas canteras de piedra. Por otra parte, las lajas de piedra no se colocaron a hueso, sino que iban unidas con barro. Hay mucha variación en cuanto al grosor de las juntas, pues oscilan entre 5-6 mm y 2 cm.

Sobre el zócalo de piedra se levanta el alzado de adobes y adobas, dispuestos en hiladas más o menos horizontales. En el punto en el que a más altura se ha conservado la muralla, el máximo de hiladas que se pueden contar son 20; en el de menor altura, el mínimo es de 15 hiladas. Los módulos de las unidades constructivas son muy heterogéneos, lo cual nada tiene de extraño en la arquitectura vaccea. De una muestra de cincuenta adobes medidos, hemos comprobado que los más repetidos son los que tienen 43-45 x 19-20 x 8-9 cm y, en segundo lugar, los de 20-25 x 16-17 x 7-8 cm. Y por lo que a las adobas se refiere, presentan una variabilidad mayor que los adobes en cuanto a sus longitudes, pues oscilan entre 58-59 cm y 86-87 cm pero sus grosores son igual de homogéneos: de nuevo 8-9 cm (fig. 6).



Fig. 6. Detalle del alzado de la muralla vaccea de *Cauca*, descubierta en 2014.

Unos y otras están colocados sin seguir un patrón fijo, rasgo este que tiene una larga tradición en todo el valle del Duero. En la muralla de El Soto de Medinilla, por ejemplo, unos adobes se disponían en vertical y otros en horizontal (Palol y Wattenberg, 1974: 182); en la de La Corona/El Pesadero, unos adobes se colocan a soga pero otros sin orden aparente (Misiego *et alii*, 1997: 29); en el Cerro de San Vicente tampoco se mantiene un orden fijo (Macarro y Alario, 2012: 42-43, lám. 17; Blanco-González, Macarro y Alario, 2017). Y como las medidas de estas unidades constructivas son variadas, las juntas de barro, también, pues en unos casos pueden llegar a tener 1 cm de grosor pero en otros ser casi imperceptibles a simple vista. A pesar de todo, es evidente que no se ha puesto mucho empeño en que las hiladas fuesen del todo horizontales: en una misma hilada las diferencias de cota pueden llegar a ser de hasta 12 cm en tan sólo 3 m de distancia. Esto no quiere decir que quienes construyeron este paramento no supieran mantener la horizontalidad de las hiladas, pues, de nuevo, nos consta cómo sus antepasados soteños lo sabían hacer perfectamente —y estamos pensando en algunos muros pertenecientes a viviendas del propio El Soto de Medinilla (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: lám. VII) o de La Mota,

en Medina del Campo (Blanco y Retuerce, 2010: 79, foto sup.)—, sino que como se trataba de una construcción masiva, de gran espesor, su estabilidad estaba más que asegurada y poca trascendencia tenían tanto la horizontalidad de las hiladas como las diferencias métricas de los adobes y adobas, así como el modo en el que se colocaran, aunque todo dentro de un orden mínimo, evidentemente. De paso, todas estas peculiaridades parecen estar indicando otro hecho: puede que la muralla, al menos en este tramo, se hubiera realizado con cierta premura, lo cual no necesariamente ha de significar la presencia de un peligro inminente, como se pudiera pensar, sino que puede explicarse perfectamente por razones de rentabilización máxima del tiempo y el trabajo empleados en la construcción, ya que para la comunidad caucense levantar la muralla hubo de constituir, sin duda, un esfuerzo extra sobre el que suponen las ya duras tareas cotidianas de la agricultura, la ganadería, la obtención de recursos naturales o la construcción y/o reparación de la vivienda familiar. En relación con los trabajos de construcción, hay que decir también que se concentrarían en primavera y otoño, ya que resulta de todo punto inadecuado en climas extremos como el meseteño, de fuertes heladas en invierno y temperaturas superiores a 30° en verano, tratar de fabricar adobes y adobas, máxime cuando, como muestran los caucenses, no tienen paja para reforzar la cohesión del barro.

Por lo que a la anchura y la altura que pudo haber tenido, considerando que la de *Pintia*, que es la única contemporánea de la caucense, tiene una anchura de seis metros y medio en la base (Sanz *et alii*, 2011: 225), la de *Cauca* ya en 2014 suponíamos que debía de tener similar grosor, dato que se ha visto confirmado en la referida excavación de 2016 al haberse podido medir seis metros (véase en este mismo volumen la colaboración de Balado y Quintana). Con esta anchura en la base, su altura estaría en torno a los siete metros o algo más si contamos con el parapeto protector de los defensores que, sin duda, hubo de tener, seguramente de madera al interior y adobes al exterior. Las paredes externa e interna de la muralla es de suponer que estuviesen algo ataludadas, procedimiento arquitectónico este que sin duda contribuiría a la estabilidad de la misma. De lo que no hemos hallado el más leve indicio en el lienzo documentado es de la existencia de torres, y tampoco de

alguno de los accesos a la parte alta desde el interior. Menos aún, por estar totalmente transformada la topografía, del foso o fosos con los que hubo de contar delante, lo cual no nos impide hacernos una idea de cómo sería el dispositivo defensivo caucense (fig. 7).

A los datos que nos ha suministrado el lienzo exhumado en los jardines municipales hemos de añadir los de una segunda intervención realizada en la zona del paseo de las Olmas, situado en las inmediaciones de la medieval puerta de la Villa. No nos extenderemos, pues, como acabamos de indicar, constituye parte de otra colaboración en este volumen, pero sí creemos conveniente exponer algunas reflexiones. El objetivo era ver si quedaban restos del posible foso, ya que se trataba de una zona llana, muy poco alterada por construcciones de las épocas romana, medieval y moderna, por lo que se practicó una cata perpendicular a la cara externa de la muralla medieval, de diez metros de longitud y tres de anchura. Por diversas circunstancias en las que no cabe entrar aquí, no fue posible documentar indicio alguno del foso, pero sí se exhumó un nuevo tramo de muralla en los tres metros que tenía de anchura la zanja. La duda ahora es: ¿se trata de parte de un lienzo o es el frontal de una torre? Para despejar esta duda hubiera sido necesario ampliar algo la excavación en anchura por ambos extremos y así obtener un desarrollo de al menos cinco o seis metros, aunque esto no estaba contemplado en el plan de actuación. Por otra parte, al no haberse agotado la estratigrafía delante de la muralla, en la base de la misma, tampoco se ha podido ver la superficie original de la berma en este lugar a partir de la cual reconstruir el aspecto topográfico natural de la zona y desde aquí buscar los restos del foso varios metros al sur de la construcción.

Más allá de los aspectos técnicos y constructivos del sistema de defensa urbana de *Cauca*, los políticos y sociales nos conducen a la idea de que se trata de una construcción planificada y dirigida *ab initio* por las élites gobernantes caucenses, que como en el resto del ámbito céltico, hispánico y europeo, en general, sabemos estaban muy “militarizadas”, hacían uso de un importante poder coercitivo sobre las poblaciones que dirigían, y tenían suficiente capacidad organizativa para afrontar esta tarea, ya desde unas fechas de cierta antigüedad. Entre los muchos detalles que refleja la construcción de la muralla está la extraor-



Fig. 7. Sección transversal hipotética (en relación con la topografía actual) del aspecto que hubo de presentar el dispositivo de defensa de *Cauca*.

dinaria inversión de tiempo, trabajo y recursos que realizó la comunidad caucense. En cada tramo, en cada lienzo y en cada torre —porque estamos convencidos de que tuvo torres, aunque necesite ser demostrada tal afirmación—, es de suponer que los trabajos se realizaran en cadena, con la participación de grueso de la población.

Hacia comienzos del siglo I d.C., en tiempos de Augusto o de Tiberio, la muralla seguramente ya era una obra arruinada en muchos de sus tramos. Si consideramos, por una parte, que en la época de las Guerras Sertorianas (82-72 a.C.) la submeseta Norte en absoluto fue un territorio fiel a la República Romana, y de ahí que muchas de sus ciudades tomaran partido por Quinto Sertorio y en contra de aquella, con lo que en cualquier momento se les podía pedir cuentas, como de hecho les ocurrió a *Pallantia* y a la propia *Cauca* en el año 74 a.C., y por otra, que a mediados del siglo I a.C. se producen una serie de revueltas en el territorio vacceo (Pérez, 1999; Amela, 2002), es evidente que al menos hasta la segunda mitad de dicho siglo, o hasta la pacificación total de Hispania tras las Guerras Cántabras en el 19 a.C., seguía conservando su función. En las décadas siguientes, y más aún desde comienzos del siglo I d.C., ya sería una construcción obsoleta en la que puede que sus restos arruinados se hubieran convertido en canteras de

aprovisionamiento de adobes para las construcciones de época romana, aunque a esto se opone la evidente mala calidad que tienen la mayor parte de ellos.

Las actividades económicas

A todo investigador de cualquier ciudad prerromana le gustaría poder ofrecer el discurrir de la vida económica de la que estudia por periodos, pero las limitaciones que imponen las fuentes de información obligan a presentar un panorama más cercano a una foto fija que a la realidad histórica que representa un organismo vivo como es una comunidad urbana. Siendo, como es, la actividad económica de una formación social de más de cuatro siglos de existencia algo dinámico y en continuo proceso de cambio y adaptación, sólo la cronología de determinados materiales arqueológicos y las asociaciones que se pueden establecer es lo que nos permite aportar matices diferenciadores entre unos momentos y otros, aunque siempre a grandes rasgos y con el riesgo de estar generalizando en demasía. Bastará un ejemplo: la aparición de moneda celtibérica y romana republicana en contextos del siglo I a.C. nos está indicando que, a diferencia de las centurias precedentes,

es en dicho siglo cuando la economía de las ciudades vacceas fue más monetaria y menos dependiente del trueque, pero éste seguiría siendo, sin duda, el mecanismo de intercambio de bienes más habitual.

Para el caso concreto de *Cauca*, y empezando por el sector agrícola, no decimos nada nuevo si afirmamos que estuvo dominado por el cultivo extensivo de cereales, de trigo y cebada cuyos restos carbonizados es frecuente encontrar en las excavaciones. El análisis edafológico de los terrenos que circundan Coca indica que los espacios de cultivo más intensamente trabajados fueron los situados en las inmediaciones del núcleo urbano —el *espacio periurbano*, de 1 km de radio aproximadamente—; en las amplias vegas que se extienden a sus pies así como en los campos situados al sur de la ciudad, y a medida que aumentaba la distancia respecto de la misma estos se irían volviendo más escasos e intercalados con el bosque y el matorral hasta desaparecer entre ambos, salvando las explotaciones puntuales que sin duda existieron en algunos lugares particularmente fértiles situados ya a cierta distancia. No sabemos cuántas hectáreas aproximadamente pudieron estar puestas en cultivo de cereal en el entorno de *Cauca* y tampoco podemos hacer estimaciones relativas al volumen de sus cosechas, que, por referencias indirectas de las fuentes y evidencias arqueológicas, hay que pensar serían voluminosas y excedentarias, al menos en los años en los que el clima acompañase. Los análisis de laboratorio efectuados a algunas muestras (Téllez, Chamorro y Arnanz, 1990: 311, figs. 2 y 4) indican que en *Cauca* se cultivaban al menos dos variedades de trigo: el *Triticum aestivum/durum* y el *Triticum vulgare*. Y otras dos de cebada: *Hordeum vulgare* y *Hordeum vulgare* cf. var. *nudum*. Posiblemente también se cultivó mijo (*Panicum miliaceum*), como se ha podido constatar en otros enclaves vacceos, pero de esta especie vegetal, así como de la avena, tenemos menos datos.

En las excavaciones arqueológicas los restos carbonizados de trigo y cebada se suelen encontrar tanto compartiendo contexto con fragmentos de tinajas de tipo *dolium*, lo que significa que éstas sirvieron de contenedores, como extendidas masivamente sobre el suelo formando auténticos estratos, pero que seguramente en su día estuvieron dentro de sacos o costales que no se



Fig. 8. Hebilla de dos garfios fabricada en plata y hallada en Cuesta del Mercado (fotografía de Adolfo Rodríguez).

han conservado, en ambos casos dentro de almacenes o silos. Esta circunstancia, unida a la considerable abundancia de molinos de granito, de mangos de hoz fabricados en asta de ciervo, y a ciertas estructuras de barro que se han documentado en el interior de sendas viviendas que parecen tener que ver con la molienda (Blanco, 2016a: 70-71, fig. 13), refuerzan la idea de que en *Cauca*, como en la mayoría de las poblaciones vacceas, uno de los pilares básicos de su economía fue la agricultura cerealista, lo cual conduce a pensar que la base fundamental de la dieta de los caucenses debió de ser muy rica en hidratos de carbono.

Por lo que a la vid se refiere, su cultivo podría remontarse en *Cauca*, cuando menos, a la primera mitad del siglo II a.C., si las pepitas de uva cultivada identificadas en la intervención realizada en el número 5 de la calle de los Azafrañales las interpretamos como pertenecientes a uva local, que es lo más probable, y no importada (Blanco, 2009). Nada tendría de extraño el viñedo en el agro caucense desde momentos más antiguos si consideramos, por una parte, que en la campaña de excavación de 1999 ya documentamos un fragmento de *kylix* ático —asociado en el Mediterráneo únicamente al consumo de vino—, bien fechado en la segunda mitad del siglo IV a.C. (Blanco, 2009: 223 y foto p. 221), y por otra, que en la vecina *Pintia* el consumo frecuente de vino ya está testificado en recipientes funerarios de Las Ruedas fechados, *grosso modo*, entre los siglos IV y II a.C. (Sanz et alii, 2003: 168).



Fig. 9. Instalación alfarera de comienzos del siglo III a.C. exhumada en 1989-1990 en Los Azafranales.

Respecto a la ganadería, segundo pilar económico de los caucenses, hay que empezar diciendo que los restos de faunas consumidas que se han ido recuperando en las excavaciones no han sido objeto de estudio hasta ahora. Los únicos datos que podemos manejar para hacer una aproximación a las especies que componen la cabaña ganadera de *Cauca* vaccea son los que hemos venido anotando en los diarios de excavaciones a partir de las identificaciones *de visu* realizadas, lo que significa que no pasan de ser más que simples apreciaciones, aunque siempre referidas a porciones esqueléticas reconocibles con cierta seguridad. De este modo, hemos podido identificar ovi-caprinos (cráneos, maxilares inferiores, escápulas, astrá-

galos, etc.), bóvidos (cuernos, astrágalos), équidos (molares, maxilares inferiores) y suidos (colmillos, maxilares inferiores, escápulas). Respecto al catálogo de especies, no creemos que existieran muchas diferencias con las que han sido identificadas y estudiadas en poblaciones ubicadas en medios naturales parecidos al que posee *Cauca*, como El Soto de Medinilla. Las diferencias estarían en cuanto a los porcentajes, a la proporción que habría entre ellas y a cómo debieron de producirse cambios locales a lo largo de la segunda Edad del Hierro.

La caza debió de constituir un importante aporte de proteínas cárnicas, a juzgar por los restos óseos que aparecen en las excavaciones. Son fácilmente identificables los

pertenecientes a ciervos, jabalíes y lagomorfos. El ciervo (*Cervus elaphus*, L.) debió de ser el animal más cazado, si consideramos lo abundantes que son los fragmentos de sus astas usados como punzones, mangos de hoz, cuchillos y navajas, alisadores, etc. La presencia de colmillos de jabalí (*Sus scrofa*, L.) en varias intervenciones constituye el único indicio físico fácilmente identificable que nos permite sugerir que también era un animal muy cazado. Y por lo que a conejos y liebres se refiere, los huesos de sus extremidades, algunos cráneos y, como muestra, las numerosas madrigueras que en la base de la muralla excavaron (Blanco, 2015a: 41-42), sugieren que tuvieron que ser muy abundantes en el entorno de *Cauca*.

Tomando en consideración el medio natural en el que se sitúa *Cauca* —entre dos ríos de los que sabemos que en la Edad del Hierro eran más caudalosos y con las aguas más limpias y frías que en la actualidad porque el clima era más fresco y lluvioso (Calonge, 1995: 530-532)—, la recuperación habitual de valvas de moluscos de río y la iconografía que comparece en cerámicas y piezas metálicas, es fácil deducir que los recursos fluviales y de humedal tuvieron cierta importancia en la dieta de los caucenses. Lucios, tencas, barbos, truchas, carpas y bogas serían los peces más pescados. Y entre las faunas de humedal, reptiles, batracios, moluscos, anfibios y quelonios. Por otra parte, es de suponer que estos espacios húmedos también surtieran a los caucenses de la mayor parte de las hierbas aromáticas y medicinales que necesitasen.

Si ahora pasamos al sector artesanal, el catálogo de actividades que directa o indirectamente tenemos constatado en *Cauca*, y sin hacer distinciones entre si se desarrollaban en ambientes domésticos o de taller especializado enfocado hacia la comercialización de sus producciones, engloba la alfarería, la herrería, los textiles, la fabricación de útiles en materias duras de origen animal (hueso, asta y marfil) y, con ciertas dudas, la joyería (fig. 8). De otros trabajos artesanales, como el de carpintería, ebanistería, fabricación de recipientes de mimbre, de alpargatas, el trabajo del cuero, etc., sin duda básicos en la vida cotidiana de unas ciudades campesinas que en gran medida eran autosuficientes en materia económica, nada o muy poco podemos decir. Si bien hemos dejado para otro lugar extendernos en detallar cuanto sabemos de cada una de las

actividades citadas (Blanco, e.p. a), no nos resistimos a incidir, una vez más, en la idea de que seguramente fue la alfarería la industria de mayor importancia económica en *Cauca* a lo largo de toda la segunda Edad del Hierro, como evidencian los restos de uno de los varios alfares con los que hubo de contar en esos siglos (Blanco, 1990a, 1992

Fig. 10. 1, Conjunto de vasos cerámicos pertenecientes a la inhumación de un guerrero practicada en un medio doméstico (U.E. 133), de finales del siglo II o comienzos del I a.C.; 2, Conjunto de vasos del Depósito 166. (fotografías de IE Universidad).



y 1998) (fig. 9), las ingentes cantidades de cerámica que suelen deparar las excavaciones y la diversidad de especialidades cerámicas que se constatan: manuales lisas y con decoración a peine, anaranjadas monocromas, bicromas y policromas (fig. 10), grises estampadas del IV a.C., grises de imitación argéntea del II-I a.C., comunes de cocina y almacenaje, gran variedad de objetos singulares (fig. 11), etc. Por otra parte, es interesante señalar cómo la alfarería caucense debió de ser muy influyente en las producciones locales que se realizaron en ciudades de su entorno más inmediato, fuesen vacceas, vettonas o celtibéricas, al menos en momentos avanzados (siglos. II-I a.C.). Así, en niveles de finales del siglo I a.C. de Ávila capital suelen aparecer cerámicas que tecnológicamente están más próximas a las vacceas que a las tradicionales vettonas, lo que unido a la cercanía de *Cauca* nos hace sospechar que quizá parte de la producción caucense fuese a parar a la capital abulense, o que ésta en sus producciones de esas fechas imitase a aquella. Y la misma idea se puede hacer extensible a Segovia: en unas recientes excavaciones practicadas junto a los cubos 59-61 de la muralla medieval, en la que se exhumaron una serie de bloques de piedra varios de ellos interpretados como pertenecientes a la “muralla celtibérica” —entrecomillado que justificamos por las muchas dudas que nos genera tal interpretación—, se han recuperado un conjunto de vasos y fragmentos cerámicos algunos de los cuales parecen netamente producciones caucenses y otros imitación de las mismas (Labrador y Martín, 2015: 42-44).

Cauca fue una ciudad con una importante actividad comercial, pero de ella la información sigue siendo escasa. Para empezar, hay que partir del hecho de que muchas mercancías que entraban o salían de *Cauca* no han dejado huella arqueológica por ser de carácter perecedero. En algunos casos se podrían recuperar a través de la analítica, pero el problema es que han de conservarse restos suficientes y esto siempre suele ser más habitual en necrópolis, santuarios o depósitos votivos que en los niveles de ocupación de los poblados. Necesitaríamos más y mejor documentación arqueológica para establecer de forma clara qué bienes se producían en *Cauca* destinados al intercambio comercial, una vez quedara cubierta la demanda local, y en qué otros era deficitaria y, por tanto, tuvo que importarlos.



Fig. 11. Fragmento de cajita excisa recuperado en el nivel XVIII de la excavación de la avenida de la Constitución, 18.

Las relaciones con las comunidades situadas al otro lado del Sistema Central, a través de las cuales se canalizan mercancías procedentes del mediodía peninsular, siguen activas, como indica la presencia de cerámica de barniz rojo ibérico (Marcos, 1991), del *kylix* ático referido más arriba, de algunas cuentas de collar fabricadas tanto en pasta vítrea azul como en piedras raras y varios colgantes bronceos, pero los mercados a los que preferentemente miró *Cauca* vaccea fueron los situados en el oriente meseteño, ya desde el siglo IV a.C. aunque con más intensidad en los siglos III-I a.C. Al ámbito celtibérico en definitiva, del que suponemos llegan muchos de los adornos personales de bronce hallados en ella o casi toda la moneda indígena que aquí aparece, que está acuñada en talleres celtibéricos (Blanco, 1987a: 40-44 y 151-154; *Id.*, 1987b), mientras que del sur peninsular únicamente han aparecido, que nosotros sepamos, un bronce de la ciudad fenicio-púnica de *Sex* y un as del *oppidum* ibérico de *Obulco* (*Id.*, 1990b).

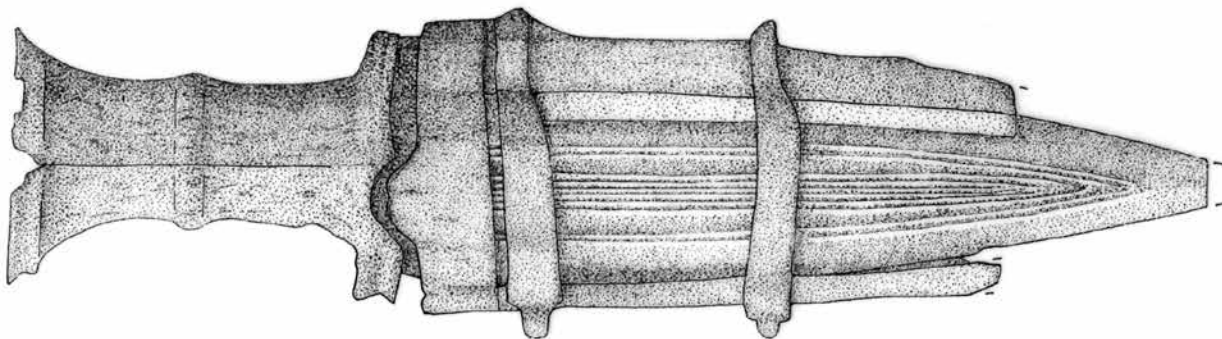
Aspectos sociales y políticos

A pesar de la pobreza de las fuentes de información de las que disponemos para hacer una aproximación al perfil sociopolítico de la *Cauca* vaccea, pues los textos clásicos son parcos en datos y la necrópolis, como segunda fuente de capital importancia para abordar estos aspectos, no se conoce, es indiscutible que estamos ante una sociedad muy estratificada. Existen dos formas de estratificación en las sociedades preindustriales. Las denominadas por los antropólogos “naturales”, que son las que tienen que ver con la edad, el sexo y el estado de salud, de manera que, por ejemplo, una persona con problemas físicos era considerada socialmente de menor valía que una persona sana y por ello relegada a los estratos inferiores; y las “culturales”, como son el estatus de la familia en cuyo seno se nace, la situación económica, el grado de poder que se posee, el nivel de inteligencia o la capacidad de liderazgo demostrados, etc. La sociedad caucense, como las del resto de ciudades prerromanas meseteñas, estaría estratificada por todas esas variables que hemos señalado, lo cual implicaba unas relaciones dicotómicas, de autoridad y obediencia, de superioridad y subordinación. Se puede decir que, ya desde al menos el siglo IV a.C., estamos ante una sociedad de tipo piramidal, formada por, al menos, tres estratos, seguramente con diferencias internas: la clase dirigente (la *nobilitas* en términos latinos), regidora de la vida política de la ciudad e integrada por la aristocracia guerrera y el

senado, institución esta última a la que pertenecían sólo los ancianos de clase social alta; bajo este estamento se situaban las clases medias constituidas por guerreros “clientes”, artesanos, comerciantes, agricultores y ganaderos, todos ellos propietarios de sus medios de vida y, por tanto de condición libre; y en la base de la pirámide estarían los jornaleros, el personal dependiente y quizá grupos marginales minoritarios.

Como otros grandes núcleos poblacionales vacceos y, en general, peninsulares, *Cauca* fue una ciudad-estado que gozaba de total autonomía política, militar y administrativa, cuya élite rectora tenía plena libertad para firmar pactos de amistad y colaboración con otras comunidades o declararles la guerra si llegaba el caso. Su carácter de entidad independiente, no sometida a ninguna estructura político-territorial de rango superior, es conocido, por una parte, gracias a las informaciones que nos brindan los autores clásicos, y por otra, a que en ella se puede reconocer la mayor parte de los elementos que caracterizan a los “estados arcaicos” del mundo antiguo (Blanco, 2017). Por Appiano (*Iber.* 52) sabemos que tuvo un poder político centralizado, ya que estuvo gobernada, como hemos dicho, por un consejo de ancianos o senado (*presbytatoi*) y una aristocracia ecuestre (*tous hippeas*) que garantizaba la protección de la ciudad a través del ejercicio de la profesión de las armas. La referencia al senado caucense se ubica en el contexto del enfrentamiento con Lúculo del 151 a.C., pero no sabemos en qué momento se instituye como órgano de

Fig. 12. Puñal de tipo Alcácer do Sal aparecido a comienzos del siglo XX en *Cauca* o Cuesta del Mercado (dibujo del autor sobre fotografía de J. Barrientos).



gobierno ciudadano que ostenta la representación del conjunto social. Quizá ya desde algo antes de que se iniciara la construcción de la muralla, hecho que se produjo, como hemos apuntado, en momentos antiguos del siglo III a.C., si consideramos que, como obra pública más importante de la *Cauca* vaccea que fue, nunca se podría haber llevado a cabo sin que previamente existiese una clase dirigente fuerte, bien organizada y con capacidad para tener movilizadas a toda la población durante los años que durase la obra. Los *seniores*, antiguos guerreros que por la edad ya no están en condiciones de luchar pero que están investidos de una fuerte autoridad moral, y la *iuuentus*, guerreros en plenas facultades físicas, representaban la cúspide de la pirámide social, el estamento que organizaba y gestionaba política, económica y administrativamente toda la actividad de la comunidad caucense.

La élite ecuestre es posible que en *Cauca* se formase en el siglo IV a.C., pues es en esta centuria cuando, en general, ya se puede identificar la caballería en el mundo meseteño a través de los restos arqueológicos recuperados en las necrópolis (Quesada, 1998: 176-178), si bien Almagro-Gorbea y Lorrio la remontan a inicios del V a.C. (2010: 167). En cualquier caso, esto significa que desde tiempos muy anteriores a la llegada de las legiones romanas al valle del Duero la caballería caucense ya era un cuerpo militar consolidado, organizado y bien pertrechado (figs. 12 y 13). La aristocracia guerrera caucense fue la principal responsable de organizar y dirigir no sólo la caballería como fuerza de élite que era, sino también el cuerpo de combatientes, formado por todos los varones en edad de tomar las armas cuando las circunstancias lo requiriesen. Una de las tareas que tendrían los guerreros a caballo sería la de vigilar el territorio rural dependiente de las instituciones políticas, militares y administrativas ciudadanas, y cuya explotación servía para el sostenimiento de su población. Por ahora es imposible poder precisar el territorio dependiente de *Cauca*, que en todo caso no hubo de contar con fronteras tan bien definidas como luego establecería el poder romano, que, además, iría ampliándose a medida que aumentaba la entidad demográfica de la ciudad, pero que siempre los caucenses debieron de tener bien claro: si las fuentes en ocasiones refieren cómo tal o cual general romano penetró en territorio de tal o cual pueblo es porque hasta las fuerzas



Fig. 13. ¿Pie de copa de alto fuste o bocina de trompeta de guerra? hallado en Los Azafrañales.

de ocupación extranjeras tenían claras las demarcaciones. Y en este sentido la clave debió de estar en la utilización por parte de los generales romanos de informantes e intérpretes autóctonos, buenos conocedores del paisaje político meseteño.

Religiosidad y mundo funerario

Las creencias y prácticas religiosas de los vacceos caucenses constituyen uno de los campos de conocimiento más escaso en datos debido, por una parte, a las escasísimas indicaciones que nos dan las fuentes escritas, y por otra, a las limitaciones y ambigüedades que ofrece la documentación arqueológica. A pesar de ello, no hay ninguna duda de que su mentalidad religiosa era de filiación celta, muy próxima a la de celtíberos y vettones. Como tampoco de que, segu-

ramente, hubo de girar en torno a principios vitales básicos tales como la fertilidad de personas, campos y ganados, la salud, la protección del individuo, la familia y los bienes, pero también estarían relacionadas con los ciclos agrarios, el mantenimiento del orden social, la guerra, la transición al Más Allá y el culto a los muertos.

Los sentimientos y prácticas religiosas siempre tienen un doble plano: el individual y el colectivo. Con la religiosidad íntima del individuo, del caucense vacceo en concreto, hemos de poner en relación materiales arqueológicos tales como un pie votivo de bronce con anilla para colgar seguramente del cuello de su propietario, un cuchillo de hoja curva miniaturizado también con anilla para colgar y cierto zoomorfo en perspectiva cenital fabricado en hueso con una perforación para, de nuevo, poder ser colgado del cuello de su dueño (Blanco, 2015d) (fig. 14). En los tres casos debieron de tener un carácter de amuletos protectores. Puede que también tuviera que ver con algún culto personal el exvoto masculino de bronce que apareció en el castro Cuesta del Mercado hace varias décadas (*Id.*, 1994: 66, fig. 24, 3), de origen o inspiración ibérica, y aquí cabe recordar cómo la recuperación de ciertos materiales de origen ibérico en la sepultura 144 de Las Ruedas ha dado pie a pensar que la persona incinerada quizá fuera una mujer ibérica de alta condición social (Sanz, 2010: 225).

Por lo que se refiere a los rituales de carácter comunitario, el mejor testimonio de que en *Cauca* fueron una realidad, desarrollados además por personas no especialistas en el culto pero que están organizadas en términos de grupos de edad, estatus político, clanes, etc., y que asumen la responsabilidad de poner en marcha un ritual para obtener algo a cambio, sea el beneficio del propio grupo o el del conjunto de la sociedad, lo encontramos en el episodio del 151 a.C. en el que tras el primer enfrentamiento militar con Lúculo salen de la ciudad «los más ancianos, coronados y portando ramas de olivo de suplicantes» con la intención de preguntar al general romano qué deberían hacer para restablecer la paz (Appiano, *Iber.*, 52) e invocando a las divinidades tutelares de los pactos. El escritor alejandrino no menciona expresamente dichas divinidades pero puede que fueran los *Tokoitei* que aparecen citados en los Bronces I y IV de Botorrita (Zaragoza). Ésta, sin embargo, no es la única evidencia que se puede traer a colación en cuanto



Fig. 14. Zoomorfo en perspectiva cenital, de hueso, hallado en Los Azafranales en 1971.

a la existencia de cultos comunitarios. Como sociedad fuertemente impregnada de una mentalidad guerrera como era la caucense, los cultos solares debieron de estar instalados en todas las capas si consideramos cómo sus símbolos son abundantes y están presentes por doquier: ánades, caballos, peces que hacen girar esvásticas, frisos pictóricos en los que estas últimas se multiplican e incluso esvásticas modeladas en relieve en algún que otro vaso cerámico, etc. Al hilo de esto último, y por razones de espacio, no vamos a hacer aquí una lectura en clave mágico-religiosa de la rica iconografía caucense, ya que recientemente lo hemos hecho en otro lugar.

Lo que hoy sabemos de las poblaciones celtas europeas nos permite afirmar que los vacceos eran politeístas, pero su panteón no sería comparable al de griegos y roma-

nos, ya que, como se admite para el conjunto de dichas poblaciones, estaría menos estructurado y habría múltiples diferencias regionales. Quizá muchas de las divinidades que se tienen constatadas en la Céltica europea estuvieran presentes en la mentalidad y en las plegarias de los caucenses aunque, al igual que en aquella, no tuvieron el menor interés por representarlas con forma humana. *Lug* o *Lugus*, divinidad principal entre los celtas, o *Epona*, en estrecha relación con los caballos, animal que en la iconografía caucense se encuentra muy bien representado tanto en pinturas cerámicas como en figurillas de barro, puede que fueran dos de las más significativas.

Por otro lado, desconocemos los espacios sagrados en los que los vacceos caucenses desarrollarían los rituales de carácter comunitario. Los llevarían a cabo, como todas las poblaciones de filiación celta, en lugares significativos al aire libre, tanto dentro como, sobre todo, fuera ya de la ciudad. Lugares singulares, como pudieran ser aquellos en los que se encontrara algún gran árbol centenario, junto a un recodo fluvial o en la confluencia de dos ríos, en un claro en el bosque (*nemeton*), etc. Si existieron en *Cauca* personas especializadas en el ejercicio de la religiosidad comunitaria, esto es, sacerdotes —equivalentes a los druidas de los galos y de los pueblos de las islas Británicas—, tampoco tenemos el menor indicio objetivo, ni escrito ni arqueológico. Puede que a partir del siglo IV a.C. hubieran existido porque estamos hablando ya de una ciudad extensa con una sociedad compleja y jerarquizada en la que la especialización en las actividades de sus habitantes (dirigentes políticos, guerreros, agricultores, ganaderos, artesanos, comerciantes, quizá jornaleros...) sería muy acusada, pero ésta es una cuestión que necesita ser demostrada.

Coexistentes con los comunitarios, en las casas debieron de existir también pequeños santuarios domésticos en los que cada familia desarrollaría su religiosidad, especialmente la vinculada con el culto a los antepasados, si bien este se practicaría prioritariamente en la necrópolis. Ésta no sólo era el espacio sagrado en el que se depositaban las cenizas de sus difuntos y se desarrollaban los rituales funerarios, sino también un centro religioso en el que se reforzaba la cohesión social. Tras el descubrimiento de la muralla citada por las fuentes clásicas, el más importante vacío que actualmente presenta la arqueología de *Cauca*

vaccea es el relativo a su(s) necrópolis. Todo parece indicar que hubo de estar situada en los terrenos llanos que se extienden al este-sureste del núcleo de población, como en varias ocasiones hemos señalado (Blanco, 2015c: fig. 1), pero habrá que esperar a que aparezcan las evidencias que lo demuestren (fig. 15). Los únicos restos funerarios de la segunda Edad del Hierro que por el momento nos constan en *Cauca* proceden de un contexto doméstico: en la campaña de 1999 llevada a cabo en el extremo occidental de Los Azafranales pudimos documentar los restos cremados de un guerrero dentro de un *dolium* a cuyo alrededor se colocaron una serie de vasos de acompañamiento (fig. 10), todo ello fechado en el siglo II a.C. o, como muy tarde, a comienzos del I a.C. (Blanco, Pérez y Reyes, 2012-2013: 96-97, figs. 26, 28 y parte inf. de la 27)². Se podría pensar que éste es un caso único en la arqueología vaccea, pero no es así. Aunque bastante más modesto en cuanto a los materiales de acompañamiento, en una de las viviendas exhumadas en las excavaciones de 2008-2010 realizadas en Montealegre de Campos apareció una pequeña urna funeraria en la que en su interior habían sido depositados, además de las cenizas del difunto y fragmentos de hueso lavados, dos canicas, un regatón y parte de la empuñadura de una espada (Blanco *et alii*, 2011: 81-82).

Hacia un mundo distinto, pero sin prisa

Si bien desde las primeras décadas del Imperio o, lo que es lo mismo, desde momentos avanzados de la época de Augusto, ya debemos referirnos a *Cauca* como ciudad políticamente romana, no vaccea, ya que desde esos momentos, *grosso modo*, la gestión del núcleo y de su territorio, el pago de impuestos o el orden público estarían bajo el control de autoridades de origen itálico, en la vida cotidiana de los caucenses el peso de la tradición, de su secular cultura, se deja notar con fuerza. La imagen que ofrecen los restos arqueológicos exhumados en niveles fechados en época Julio-Claudia e incluso inicios de la Flavia es la de una *Cauca* materialmente muy vaccea aún, y es sólo a partir de mediados del siglo I d.C. cuando ya hallamos con cierta abundancia elementos propiamente romanos: *sigillata* hispánica de los talleres riojanos, cerámica común romana, vidrio, etc. En consecuencia, todo parece indicar que el



Fig. 15. Vista aérea de *Cauca* con la posible ubicación de la necrópolis vaccea (sobre imagen del SIGPAC de la Junta de Castilla y León).

ritmo de las transformaciones materiales y mentales debió de ser, tanto en *Cauca* como en el resto de ciudades vacceas, bastante lento y marcado, además, por una importante resistencia a los cambios (Blanco, 2016b).

La propia imagen física de *Cauca* en poco debió de variar durante ese siglo I d.C. Lentamente, eso sí, las viviendas de

barro, madera y cubierta de ramajes sobre armazón lignario irían siendo reemplazadas por otras de mejor calidad constructiva al empezar a usarse cada vez más la piedra tanto en los cimientos como en los zócalos y a cubrirse con teja, pero la trama urbana, por lo que hemos observado en excavación, en esencia fue la misma que la de época vaccea. El caserío

caucense a lo largo del siglo I d.C. ni siquiera llegó a rebasar el límite marcado por la muralla vaccea, que ya estaría obsoleta desde el punto de vista militar y cortada por varios puntos, pero aún seguiría sirviendo de demarcación física y psicológica entre el espacio urbano y el rural.

Quizá los equipos cerámicos sean, como ningún otro elemento de la cultura material, los que mejor ponen de relieve el enorme peso de la tradición entre los caucenses súbditos del Imperio. Hasta mediados del siglo I d.C. se siguen produciendo vasos que aún cabe calificar como vacceos porque sus formas y decoraciones derivan de las que se hicieron en los siglos II y I a.C., lo que significa que estaban siendo fabricados por experimentados alfareros vacceos, descendientes seguramente de los de aquellos siglos, para atender los gustos de la población indígena, aunque en sus últimos momentos convivieran con los primeros recipientes de *sigillata* itálica y gálica, con los primeros vasos de paredes finas y con las primeras ollas y fuentes de cerámica común propiamente romanas. Es más, en pleno siglo I d.C. se estuvieron fabricando recipientes que trataban de imitar formas romanas, de *sigillata* concretamente —sobre todo la Consp. 22/Rit. 5—, pero en tipos de pastas y cocciones típicamente vacceas.

En definitiva, y para ir concluyendo ya, en *Cauca*, como en la mayor parte de las ciudades indígenas hispanas, hay argumentos arqueológicos suficientes para reconocer ese ambiente de resistencia a la romanización en los inicios del Imperio que incluso encontró eco en la literatura. Recordemos cómo el poeta bilbilitano Marcial, que escribe en plena época altoimperial, en dos epigramas dedicados a su amigo Liciniano resalta con orgullo su condición de celtíbero (I, 49), y más adelante (IV, 55) se muestra casi arrogante cuando alude a la singularidad de su patria chica, tan apegada aún a una forma de vida que considera más natural que la que llevan las gentes de Roma, enormemente superficial, sofisticada y artificiosa, aunque, evidentemente, se refería a la de las clases acomodadas.

Notas

1 A diferencia de algunas de las existentes en otras poblaciones vacceas, como Montealegre de Campos (Blanco *et alii*, 2011), Vertavillo (Abarquero, 2014; Abarquero y Palomino, 2006) o Melgar de Abajo (Cuadrado y San Miguel, 1993), por ejemplo, que eran de piedra y en algún caso incluso contaron con aceras también de piedra.

2 Recientemente J. I. Gallego (2015: 28) ha puesto en relación estos vasos con las producciones de la segunda fase del alfar de Los Azafranales que excavamos en 1989-1990 (Blanco, 1992 y 1998), lo cual es absolutamente anacrónico. No se ha reparado en el hecho de que se trata de morfotipos más modernos, que están decorados con composiciones de época avanzada como corresponde a un contexto ya tardío, e incluso alguno de ellos con pintura blanca (Blanco, e.p. b). Es decir, cuando estos vasos se fabricaron dicho alfar hacía ya más de siglo y medio que había desaparecido.

Bibliografía

- ABARQUERO, F. J. (2014): “Vertavillo. El viejo Breto”. *Vaccea Anuario 2013* (nº 7), pp. 26-32.
- ABARQUERO, F. J. y PALOMINO, A. L. (2006): “Vertavillo, primeras excavaciones arqueológicas en un *oppidum* vacceo del Cerrato palentino”. *PITTM*, 77, pp. 31-116.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y LORRIO, A. (2010): “El *Heros Ktistes* y los símbolos de poder de la Hispania prerromana”. En F. Burillo (ed.) *VI Simposio sobre los Celtíberos. Ritos y Mitos*, pp. 157-181. Zaragoza.
- AMELA, L. (2002): “La sublevación vaccea del año 56 A. C.”, *Gallaecia*, 21, 269-285.
- BALADO, A., CENTENO, I. y MARCOS, F. J. (2008): *Informe de la excavación arqueológica de la ampliación del I.E.S. Cauca Romana, Coca (Segovia)*. Informe inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Segovia, de la Junta de Castilla y León.
- BLANCO, J. F. (1987a): *Moneda y Circulación Monetaria en Coca (Siglos II a.C.-V d.C.)*. C.A.M.P.S. Segovia.
- (1987b): “Moneda celtibérica y cronología en *Cauca* (Coca)”. *III Encuentro de Estudios Numismáticos. Numismática en la Celtiberia*, pp. 99-102. Barcelona.
- (1990a): *Los hornos de cerámica vaccea de Coca (Segovia)*. Memoria de la excavación depositada en el Servicio Territorial de Cultura de la Junta de Castilla y León en Segovia. (inédita)
- (1990b): “Nuevas aportaciones a la circulación monetaria ibérica de Coca (Segovia)”. *Gaceta Numismática*, 97-98 (II-III), pp. 13-17.
- (1992): “El complejo alfarero vacceo de Coca (Segovia)”. *Revista de Arqueología*, 130, pp. 34-41.
- (1994): “El castro protohistórico de La Cuesta del Mercado”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 21, pp. 35-80.
- (1998): “Las producciones cerámicas del alfar vacceo de *Cauca* (Coca, Segovia)”. *Madrid Mitteilungen*, 39, pp. 121-141.
- (2009): “Los inicios del consumo de uva ¿y del cultivo de la vid? en *Cauca vaccea*”. En F. Romero y C. Sanz (eds.) *El*

- Vino y el Banquete en la Europa Prerromana, pp. 155-167. Valladolid.
- (2014c): “Descubiertas las murallas vacceas de Cauca”. *Vaccea Anuario 2013*, 7, pp. 78-79.
 - (2015a): “Piedra y barro. La muralla de la ciudad vaccea de Cauca”. *Vaccea Anuario 2014*, nº 8, pp. 38-46.
 - (2015b): “La muralla de Cauca vaccea”. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie 1, Prehistoria y Arqueología*, 8, pp. 87-134.
 - (2015c): “Sobre la ubicación del campamento de Lúculo durante el asedio de Cauca del 151 a. C. y las posiciones de Pompeyo Magno en la destrucción del 74 a. C.”. *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 11, pp. 19-30.
 - (2016a): “La vivienda vaccea”. *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 12, pp. 43-84.
 - (2016b): “Entre la tradición y la asimilación de la cultura romana. Los vacceos a comienzos del Imperio”, *Vaccea Anuario 2015*, nº 9, pp. 52-59.
 - (2017): “Las ciudades vacceas: ‘estados arcaicos’ en el centro de la cuenca del Duero”, *Vaccea Anuario 2016*, nº 10, pp. 44-52.
 - (e.p. a): *Cauca. Formación, desarrollo y romanización de una ciudad vaccea*. Vaccea Monografías, 5. CEVFW de la Universidad de Valladolid. Valladolid.
 - (e.p. b): “La cerámica vaccea decorada con pintura blanca”. En *Homenaje a la profesora Isabel Rubio de Miguel. Anejos de Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 2.
- BLANCO, J. F., LUCENDO, D., RETUERCE, M. y TORRES, T. (2011): “El oppidum vacceo de Montealegre de Campos (Valladolid) a la luz de las recientes excavaciones arqueológicas”. *Vaccea Anuario 2010* (nº 4), pp. 78-82.
- BLANCO, J. F., PÉREZ, C. y REYES, O. V. (2012-2013): “Campaña de excavación arqueológica de 1999 en Cauca (Coca, Segovia). La secuencia estratigráfica”. *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 8-9, pp. 29-144.
- BLANCO-GONZÁLEZ, A., MACARRO, C. y ALARIO, C. (2017): “La aldea del Hierro Inicial del Cerro de San Vicente (Salamanca, España): resultados de las excavaciones entre 1990 y 2006 a la luz de algunos debates actuales”. *Munibe*, 68. Online First, s.p.
- CALONGE, G. (1995): “Interpretación de los resultados de las investigaciones medioambientales y arqueológicas y su relación con el pretérito espacio físico vacceo del valle medio del Duero”. En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.) *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio A. C. en el Duero Medio*, pp. 529-539. Valladolid.
- CUADRADO, A. y SAN MIGUEL, L. C. (1993): “El urbanismo y la estratigrafía del yacimiento vacceo de Melgar de Abajo (Valladolid)”. En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*, pp. 303-334. Valladolid.
- DELIBES, G. y ROMERO, F. (1992): “El último milenio a. C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural”, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.) *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum, 2-3, pp. 233-258. Madrid.
- GALLEGO, J. I. (2015): “La ciudad antes de Roma en el extremo de la Celtiberia”. En S. Martínez y S. Vilches (coords.) *Imago urbis Romae. Ciudades romanas de Segovia*, pp. 17-37. Segovia.
- LABRADOR, J. M. y MARTÍN, C. (2015): “La muralla celtibérica de Segovia”. En S. Martínez y S. Vilches (coords.) *Imago urbis Romae. Ciudades romanas de Segovia*, pp. 39-44. Segovia.
- MARCOS, G. J. (1991): “Producciones de barniz rojo procedentes de Coca (Segovia)”. *BSAA*, LVII, pp. 87-91.
- PEREZ, L. (1999): “Vacceos en guerra (220-29 a. C.)”. En A. Alonso et alii (coords.) *Homenaje al Profesor Montenegro. Estudios de Historia Antigua*, pp. 223-241. Valladolid.
- QUESADA, F. (1998): “Aristócratas a caballo y la existencia de una verdadera ‘caballería’ en la cultura ibérica: dos ámbitos conceptuales diferentes”. En C. Aranegui (ed.) *Actas del Congreso Internacional Los Iberos, Príncipes de Occidente*, pp. 169-183. Barcelona.
- ROMERO, M. V., ROMERO, F. y MARCOS, G. J. (1993): “Cauca en la Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica”. En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*, pp. 223-261. Valladolid.
- SANZ, C. (2010): “Un vacío vacceo historiográfico: sus necrópolis”. En F. Romero y C. Sanz (eds.) *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Vaccea Monografías, 4 (CEVFW de la Universidad de Valladolid), pp. 193-230. Valladolid.
- SANZ, C., ROMERO, F., GÓRRIZ, C. y DE PABLO, R. (2011): “El foso y el sistema defensivo de Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid)”, *Revista d’Arqueologia de Ponent*, 21, 221-232.
- SANZ, C., VELASCO, J., CENTENO, I., JUAN, J. y MATAMALA, J. C. (2003): “Escatología vaccea: nuevos datos para su comprensión a través de la analítica de residuos”. En C. Sanz y J. Velasco (eds.) *Pintia. Un Oppidum en los Confines Orientales de la Región Vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Catálogo de la Exposición *Pintia Cotidiana y Simbólica* (Valladolid, 2003), pp. 145-171. Valladolid.
- TÉLLEZ, R., CHAMORRO, J. G. y ARNANZ, A. (1990): “Análisis discriminante en la identificación de trigos arqueológicos españoles”. *Trabajos de Prehistoria*, 47, pp. 291-318.

Índice

7

Presentación

9

Novedades y perspectivas de la arqueología vaccea

Fernando Romero Carnicero

31

Dessobriga: oppidum vacceo, mansio altoimperial... una búsqueda en curso

Margarita Torrión

49

Intervención en zonas rituales y área central vacceo romana del oppidum de Dessobriga (2016/2017)

Esperanza Martín Hernández

75

El yacimiento vacceo-romano de La Ciudad, Paredes de Nava, Palencia

F. Javier Abarquero Moras, Jaime Gutiérrez Pérez y F. Javier Pérez Rodríguez

93

Avance sobre la excavación del sistema defensivo de La Ciudad, Paredes de Nava, Palencia

F. Javier Abarquero Moras, Jaime Gutiérrez Pérez y F. Javier Pérez Rodríguez

113

Pintia: memoria e identidad, el cementerio de Las Ruedas

Carlos Sanz Mínguez

129

La tumba 144 de la necrópolis de Las Ruedas

Carlos Sanz Mínguez y José Carlos Coria Noguera

157

La ciudad vaccea de Cauca

Juan Francisco Blanco García

179

La intervención de 2016 en la muralla de Cauca

Arturo Balado Pachón y Javier Quintana López

VACCEA

Monografías



Universidad de Valladolid



CENTRO DE ESTUDIOS VACCEOS

TEMPOS *Vega Sicilia*

